

LAS AUTOPISTAS

Texto e imágenes por Álvaro Torres Crespo

Las autopistas siempre me pusieron nervioso. Transitarlas cuando se elevan y dan vueltas para conectar con otras me hace pensar en lugares sin gente. Mucho antes del encierro comencé a sentir eso. Cómo hace un niño para explicarlo, para ponerle palabras a ese carcomer lento y hermoso y tibio. Cómo decirse uno mismo que los ochenta metros que hay de una autopista sobre la otra no son vértigo sino ausencia. Muchos años después conocería a un viejo inmigrante que en su camino diario al trabajo le tocaba pasar por debajo de un grupo de autopistas que caracoleaban hasta el infinito. Me confesó que había mañanas que no lo lograba. Se sentaba para armarse de valor pero la inmensidad de la construcción y el bullicio de los automóviles le hacían pensar en el pueblo donde creció.



Durante los meses de encierro, me preguntaba: qué hay más allá de estas paredes. Es normal estar tanto tiempo aquí, así. Qué es el espacio. Una tarde de encierro llovió muchísimo y nos fue imposible hablar. El golpe del agua sobre los techos era tal que no podíamos escucharnos, y gritarnos se hizo absurdo. Gritarnos para decir nada.

El viejo caminaba con un bastón que él mismo había fabricado unos días antes de dejar su país. Pero en esa ciudad llovía muchísimo. Más bien, lloviznaba sin parar, todos los días. “Cae una escupa del cielo”, me dijo mientras esperaba a sentir algo parecido a la valentía. Demasiado cemento, tanto metal moviéndose encima de uno, cientos de personas por los aires. Una mañana lo seguí sin que me notara y caminé detrás de él

por cuadras y cuadras hasta llegar a una cantina en el centro de la ciudad de la lluvia. Me quedé en la esquina de enfrente y esperé por un largo rato. Pensé en el bastón del viejo, en la rama del árbol que por ser recta y maciza pasó a ser apoyo de aquel hombre. Intenté imaginar la tarde que pasó el viejo observando las ramas de los árboles, analizándolas, tratando de escoger la rama ideal, sabiendo que unos días después lo dejaría todo. Esa misma rama, ahora hecha bastón, tenía la punta desgastada y humedecida. Había cambiado de color.



Los días de encierro los recuerdo eternos. Una mañana le pegué a mi hermano mayor en la cara sin razón alguna porque sentí hacerlo. Cuando me castigaron no noté diferencia con las demás mañanas y eso puso mal a mi madre. Empezó a gritar pero la lluvia ahogaba sus palabras. Todo un país encerrado entre el cemento. Imaginé mil niños de mi edad pegándole en la cara a sus hermanos mayores y nadie pudo escuchar los gritos de mil madres porque llovió con mucha fuerza contra todos los techos de la ciudad. Para ese entonces mis tareas consistían en dibujar animales sin salirme de los límites establecidos. Recuerdo hacer esfuerzos descomunales por lograrlo. Muchos años después, ya adulto, leería que existió algo a lo que llamaron la pandemia de los durmientes. Coincidiendo con la gripe española a inicios del siglo pasado, cientos de miles de personas quedaron inmobilizadas, como dormidas, durante años. Se dice que esa pandemia menor y desconocida provocó conductas criminales entre los niños infectados. Me pregunté en el momento de la lectura si las madres de ese entonces también encerraron a sus niños en sus casas por meses por miedo a perderlo todo.

Otra mañana el viejo me contó que sentía sed de caballo. Así me lo dijo.

A los pocos días de iniciada la pandemia mi abuelo vino a vivir con nosotros. Lo miro armando un rompecabezas imposible, no por la cantidad de piezas sino por su locura. Alzheimer dicen mis papás. Locura. Y yo acá perdiendo el tiempo con dos amigos que no son amigos, que son solo vecinos con quienes me corresponde jugar, aparentar, desde tan temprana edad. Mis padres me explican que son parte de nuestra burbuja. No le puedo poner nombre a las cosas porque solo tengo siete años pero ya conozco el sentimiento de estar con gente con la que no quiero estar y fingir ser feliz.

Me da vergüenza la piscina de mi casa, olvidada y sucia. Llena de hojas de un árbol que también muere. Mis amigos se burlan de la piscina, de la casa, de mi abuelo y de mí. “Tu familia ya no tiene dinero”, me dice uno, el más malo, el más atrevido. Y yo lo odio pero no lo quiero volver a ver a los ojos. ¿Cómo se puede ser tan cruel siendo tan joven? El otro niño, el pecoso, no dice nada, parece entender lo que está pasando. Mi abuelo del otro lado de la piscina, protegido por una sombrilla, hace pequeños grupos de piezas de colores, es su sistema para empezar a enfrentar la tarea del rompecabezas. Hasta donde yo sé, nunca ha terminado uno solo. Los insultos y las burlas de mi amigo se endurecen. Yo no quiero levantar la vista, el pecoso se pone de pie y se sienta debajo del árbol cuyas hojas cubren la piscina con una capa fina. Probablemente intuye algo, presiente algún desenlace y lo quiere observar de lejos.

Llega la señora que nos ayuda, trae tres limonadas y mi amigo suelta una carcajada. De todo se burla. Dice que mi familia es anticuada, que sirve limonadas y que los vasos fueron en algún momento botellas de vino o de ron o de vodka barato, ahora cortadas. “¡Qué forma tonta de reusar las cosas!”, dice. Tira su limonada a la piscina y yo sigo sin verlo. El pecoso se rasca la cabeza y bebe lentamente de su vaso, como quien no quiere la cosa. Yo no bebo de mi limonada y en cambio encuentro un camioncito metálico y juego con él imaginándome autopistas que se cruzan entre sí.

Mi abuelo tararea una canción que yo reconozco, me la sé de memoria. No recuerdo el nombre pero en ese momento eso es lo de menos. La quiero tararear y unirme a él como tantas otras veces, pero no quiero darle a mi amigo otra excusa para burlarse de mí, otra razón más para odiarlo y no atreverme a mirarlo a los ojos. El viejo divide las miles de piezas en grupos de colores y tararea, se entretiene y no se da cuenta de la tragedia que está por suceder de este lado de la piscina. Me doy cuenta de que la señora se esconde detrás de las cortinas, tampoco quiere perderse lo que sea que va a pasar. Todos esperando que la gran puesta en escena llegue a su momento cúspide.

“Tu papá es un muerto de hambre”, me dice. Yo me abalanzo sobre él con el camión metálico en la mano y él me jala el pelo y siento que me lo arranca pero lo golpeo, primero sobre la cabeza y luego en la cara, a como dé lugar. Lo golpeo con el camioncito metálico. Supongo que peleamos como lo hacen los niños, dando rienda suelta al caos y sin ningún final en mente. Escucho un llanto y no estoy seguro si es mío o del niño, pero pronto aparece la señora que nos ayuda gritando, siempre sentí que un poco tarde -probablemente disfrutó de la escena por una decena de segundos- y nos separa bruscamente. Tengo los ojos abiertos y veo el rostro asustado de ella, las

gotas de sangre que manchan la frente del niño, y a lo lejos escucho esa canción tan bella siendo tarareada por mi abuelo, que por nada se rinde ante el rompecabezas que tiene enfrente.



El viejo me contó que en su pueblo la lluvia es tan fuerte y los techos tan delgados que la gente se habla al oído, siempre, como secreteándose. Que al polvo lo aplaca la misma lluvia. Aquí las sombrillas son de todos los colores: el plástico que detiene el agua pretende tener vida propia. “Por eso nunca llevo sombrilla”, me dice sin verme, raspando el suelo con su bastón húmedo. Esa madera es maciza, pensé. Cuántos años tarda un árbol en producir ramas así. No lo volví a seguir después de aquel día. Tuve el impulso de querer acompañarlo, de ofrecerle una amistad, pero algo me dijo que ese hombre estaba más allá de cualquier conversación. Una mañana llevé café al lugar de encuentro, a un par de cuadras de las autopistas, y lo tomamos sin decirnos mucho. Lo vi cruzar por debajo del cemento por última vez. Nunca más supe de él. Yo viví un año más en esa ciudad y después regresé a mi país

Cómo seré cuando sea viejo. Me lo pregunté con frecuencia aquellos días de encierro y me lo pregunto ahora, que ya soy viejo pero todavía no me siento cercano a la muerte. Cómo seré. Recuerdo ver a mi hermano bañarse y vestirse, reconocirme en su cuerpo. Éramos muy blancos y muy largos. Yo heredaba su ropa siempre y a veces al vestirme me preguntaba si el encierro iba a durar años. Me mortificaba pensar que si no salíamos pronto mi hermano y yo nos íbamos a convertir en la misma persona. No es que cuando saliéramos ya nadie nos iba a poder diferenciar, le explicaba yo a él. Más bien pensaba que si antes del encierro éramos dos, al salir de casa seríamos solamente uno.

La gente ya habría olvidado al otro y solo importaría el uno. No importa cuál. Ese uno saldría un día a la calle, crecería, se enamoraría y se iría a vivir a otro país. Ese uno recordaría el tiempo del encierro con algo de dolor pues habrá dejado algo adentro, habría perdido algo. Pero como todo es así -lo he ido aprendiendo- ese uno también aprenderá a olvidar y va a llegar el día en que ya no piense en aquel hermano mayor. La cosa es que me ponía su ropa y le veía el pecho hundido y me veía el mío sonriendo. A veces nos abrazábamos. Nos quise mucho en esos meses.



El día que abrieron las puertas de la casa salimos uno a uno a la calle. Los amigos imaginarios que formaron nuestra burbuja, mis padres, mi abuelo, la señora que nos ayudaba, mi hermano y yo. Recuerdo haber pensado en esas escenas donde los zombis salen a la luz, o donde un grupo de prisioneros finalmente se enfrenta a la calle, o esa escena de película donde la gente empieza a salir de su casa porque el virus que intentó arrasar al mundo ya ha desaparecido. De alguna forma la especie humana supo triunfar. Nadie parece reconocerse, hay escombros por todo lado, humo y ceniza. Mi abuelo entra de nuevo a la casa y cierra la puerta tras de sí. Cómo recordaré este tiempo, pensaba mientras caminaba calle abajo intentando darle sentido a lo que veía. Cómo recordaré las horas adentro, de aquí en adelante, cuál rama es la mía.